

se a pensar. Hay que pensar si el **mandato del tiempo** no nos pide echar a andar la ley de los arcontes:

Quien mate el tirano, al usurpador, al asesino de las libertades, no será castigado. Y que ella esté bajo la égida de las Naciones Unidas. De lo contrario, que se desunan y se vaya cada cual para su casa chica, antes de que algún alegre mirlo de la democracia al uso, (de los que hay tantos en la casa grande) las mate otra vez y vayan a descansar en la fosa común donde descansan los restos de otras Naciones Unidas... Después de esto, sólo nos toca esperar a que el diablo nos lleve a todos. Pero antes de desesperarnos, hay que ensayar los medios de remozar a Palas Atenea y armarla de lanza y casco para que defienda a la hija espiritual que brotó de su testa de diosa. Y que la cólera de Palas alcance también a los arcontes cuando alguno de ellos reconozca al Poder usurpador, y sea declarado traidor, pierda sus derechos civiles y sus bienes pasen al fisco, como en Grecia. "Al vado o a la puente". Las cosas, o se hacen bien o no se hacen. El dilema se expresa así: O uno, o dos, o tres hombres muertos, o una nación en guerra civil con todas sus tragedias: hambre, ruinas, odios, un millón de muertos, dos millones de muertos, terror, tiranía del sable, o del bonete, progreso retardado, nación embrutecida, desesperada, oscilando externamente entre ensayos de Constitución, de autodeterminación política, y el terror de que otra vez llame a sus puertas su próximo libertador, el consabido Libertador de las naciones democráticas, las que, a pesar de tantos salvadores, todavía no aciertan a estar ni a media ración de democracia, ni de cultura, ni de moral, ni de libertad, ni de economía. Cada día más mediatizadas. Y tras cada liberación, cada vez más intemperie de la libertad, del bienestar, de la paz, y de todas las pequeñas y grandes cosas, una parte alícuota de las cuales bastaría para hacer amable y deseable cualquier vida.

Si la higiene vale más que la medicina y es más barata que ella, en la vieja sabiduría atisbamos el remedio para remediar males presentes. Y aunque suene a contradicción, es preferible a todo, un cirujano de hierro ocasional e improvisado, que a costa de un dolor mínimo (y merecido) sea el verdadero libertador de todo el cuerpo social. A quien le toque cumplir con esta misión legal tan dolorosa, estará orgulloso del deber cumplido. Habrá ganado estatura moral y política, y éstas le salvarán

de aquella vanidad de los sofistas de la época de la decadencia griega. De aquella vanidad que, como un vino fuerte, se les sube hoy a la cabeza a tantos políticos chirles que, ayunos de las cualidades que magnifican a los genios escultores de pueblos, imitan a los malos actores del teatro ateniense carentes de genio escénico. A falta de éste, tienen a mano una colección de máscaras y otra de coturnos altos y bajos que suplen genio y estatura. De este modo, América y siguiendo el ejemplo de España, se está llenando de trágicos payasos que harían reír, si las dimensiones de su maldad dejaran algún rincón del alma humana disponible para la risa. No! A ningún César machetón que se coge el poder con su mano, es posible tomarlo en broma. Y una vez en lo alto del tablado público es difícil echarlo abajo, ya que, a cambio de unas maldiciones o no sé qué ideas que llaman exóticas (de las que no quiero acordarme) obtiene bendiciones terrenales y celestiales, como si dijéramos: la tierra y el cielo; la vida eterna en un estuche de terciopelo.

II

El Estado.

Conexo con el tema de la Democracia y colateral a la ley de los arcontes, se nos presenta ahora el de la existencia del Estado. El Estado actual ¿es compatible con la Democracia? Para dar una respuesta, urge definir los términos ya que frente a la Democracia la posición del Estado es contradictoria. Sin estar en plan de hacer frases, tenemos dos visiones opuestas sobre esa dama tan llevada y tan traída en nuestros días: la ideal y la real. Lo que ella debe ser como arquetipo y lo que realmente es cuando se traduce a la vida. La Democracia es una meta, una categoría; y nuestras democracias no son sino anécdotas. La Democracia, como la Justicia es quizás inasequible, pero cualquier pedacito que le vayamos arrancando ya será una conquista más, que servirá a la elevación del tono de la vida. Como sólo existe en el entendimiento, resulta que cuando éste quiere humanizarla se empequeñece, como empequeñece a la Belleza, a la Bondad y a la Verdad, la típica trinidad Kalas - Agazos - Aleces de los arquetipos eternos. Descendamos.

En las relaciones del Estado con la Democracia, aquél es una creación artificial de ésta. Y conforme al apotegma **primus in tempore, melior in jure**, un esclavo servidor de ella. En el terreno doc-

trinario, esto es inconcuso. Pero en las relaciones reales entre ambos, los papeles se invierten: las democracias son las concubinas del Estado. Este vive de ellas, las explota, las goza y las esclaviza. A cambio de algunos piropos que alguna vez les dedica, toda la realidad de lo que ellas son, de lo que valen y de lo que producen, es para el Estado. Este se ha apropiado de la voluntad y de la libertad de los ciudadanos y pese al no matarás se ha apropiado también de su vida. Todo lo demás que se diga de nuestras democracias es ficción, hipocresía y música celestial a cargo de sus mirlos cantores que, o están en la edad de piedra del conocimiento, o cobran por lo que cantan, o viven en otro planeta. Si las democracias no devienen será imposible llegar a la cristalización de los postulados y predicados de lo que debe ser una Democracia decente. Ni siquiera al más elemental de ellos: el derecho a la vida. Llámese Dios o Estado, nadie tiene derecho a la vida de uno, excepto uno mismo. La Vida más la Conciencia (que no es sino el conocimiento de que se vive, según el *cógito ergo sum*, de la filosofía) deben formar una unidad indisoluble. Y si ambas son toda la realidad del hombre, ellos deben ser el binomio supremo de los Derechos del Hombre. Ahora bien: el Estado desde que existe ha irrespetado ese derecho. Y lo más grave es que el Estado civil ha cometido el sacrilegio en convivencia con el Estado religioso inventor y fabricante del no matarás. Y entre los dos han matado al no matarás y al dios a quien le cuelgan el mandato. El Estado, pues, ha llegado en su omnipotencia hasta profanar ese *Sancta Sanctorum* que es la vida humana. Júzquese por ahí a qué extremos no habrá llegado en sus choques con los demás derechos del hombre: libertad, cultura, bienestar, derecho de propiedad, conciencia, economía... Y todo en provecho propio. Hay que llegar a la des-creación del Estado, por saltos, sino evolutivamente.

Hay que ayudar a todas las naciones a coger el barlovento, obligando al Estado a ponerse a sotavento de la voluntad de los pueblos, con lo que quedaría prácticamente eliminado. Y como la guerra y el dios de la guerra y los cuarteles y los ejércitos y las armas y el oficio de matar y la obligación de morir son hijos del Estado, ellos morirían con su padre, porque el hombre común quiere la paz. Pero al hombre común hay que transformarlo. Hay que meter en su cabeza cargas mayores de conoci-